

Los Libros

“EL AMOR CONYUGAL”, novela por *Alberto Moravia*. Losada, Bs. As., 1951

Hay escritores que se sienten dominados, sometidos a temas y asuntos de una misma índole que parecen atraparlos y no dejarles libertad de movimientos. Corren estos autores un grave peligro: el de hacerse monótonos a fuerza de repetirse con pequeñas variaciones. Varía lo externo, pero el meollo queda. A la primera página ya sabe el lector lo que va a suceder, conoce las reacciones de los seres; los personajes, las situaciones, van a girar, pero sobre un mismo gozne que, de gastado, empieza a chirriar.

Estamos frente a una nueva y breve novela del quizás más destacado escritor italiano: “El amor conyugal”, de Alberto Moravia.

A él le sucede lo antedicho con lo erótico, lo sexual. Diga lo contrario quien haya leído “La romana”, “Agostino”, “La desobediencia”, y otras. Aceptado esto, no pueden desconocerse las extraordinarias condiciones de Moravia, que lo sitúan en un primer plano, junto con Vittorini, Piovene, Prattolini, etc.

Domina como pocos el arte—tan difícil—de novelar. Se desliza uno de la primera a la última página, y en ésta, satisfecha la curiosidad que cada recodo y situación causan, decimos: ¿es esto toda la vida? Indudablemente de Freud acá el sexo no asusta a nadie—im-

posible desconocer su vital importancia—y en ese plano todo se ha agudizado en el período postbélico, promiscuo y confuso.

“El amor conyugal” es una “nouvelle” realizada inteligentemente. Un escritor lleno de ambiciones—mejor dicho: un hombre que aun no es escritor—coloca en una balanza el amor de su mujer y su “futuro” literario, incierto porque es un principiante. Para escribir un relato del que son personajes él y su esposa, se abstiene de toda relación con ella. Cree que de ese falso estado habrá un resultado excelente. La paz del retiro al que huye con Leda parece que va a permitirle crear una obra imperecedera.

No sucede así.

El arte, en cualquiera manifestación, no se entrega tan fácilmente. El producto del esfuerzo del ambicioso escritor no pasa de ser una vulgaridad. Y, peor aún, en el intervalo creador ha perdido el amor de su mujer. Pero él, con una calma oriental, no se desanima ni debate ni sufre ante el engaño de Leda con el peluquero Antonio. Son dignas de admirarse sus reacciones frías, inhumanas.

Fracasado el intento artístico, el protagonista vuelve a su antigua, cómoda vida de burgués sin sobresaltos.

Eso es todo.

Hay, sí, bellas páginas en que Moravia habla de Leda y del amor; hacen recordar otras muy hermosas de “La romana”. Pero dejan esa sensación: el novelista lo ve todo a través del cristal del sexo y cierra los ojos para otro orden de vida.

Habrán lectores que se complazcan en ello; otros, conocida la clave del escritor, ya no se interesarán por él. Al fin de cuentas, en todo buscamos la variedad.

Acompañan a la breve novela siete cuentos que hacen un volumen de doscientas cincuenta páginas.—J. L.

